



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Aranda Sánchez, José
Constructivismo y análisis de los movimientos sociales
Ciencia Ergo Sum, vol. 9, núm. 3, noviembre, 2002
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10490303>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org



Scientific Information System

Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal

Non-profit academic project, developed under the open access initiative

C Constructivismo y análisis de los movimientos sociales

José Aranda Sánchez*

Recepción: julio 1 de 2002
Aceptación: agosto 6 de 2002

* Profesor e investigador del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Correo electrónico: aranda@mail.uaemex.mx

Resumen. El objetivo de este artículo es reflexionar acerca de la pertinencia de considerar al constructivismo como una metateoría adecuada para el estudio de los movimientos sociales. A partir de los supuestos principales del constructivismo como paradigma epistemológico para las ciencias sociales, se presenta un recuento selectivo de algunas orientaciones sociológicas constructivistas, y posteriormente se busca aplicar esos planteamientos al análisis de los movimientos sociales, con base en la necesidad de desconstrucción de anteriores aproximaciones que resultaban insuficientes, y la propuesta de reconstrucción del concepto de movimiento social con los fundamentos del constructivismo.

Palabras clave: constructivismo, sociología constructivista, movimientos sociales.

Constructivism and the Analysis of Social Movements

Abstract. This article examines the relevance of considering constructivism as an appropriate metatheory for the study of social movements. Starting from the establishment of the principal suppositions of constructivism as an epistemological paradigm for the social sciences, it presents a selective recount of some constructivist sociological orientations, and then attempts to apply this framing to the analysis of social movements; having as a base the necessity of deconstructing previous approximations that proved to be unsuitable, and the proposal for reconstructing the concept of social movements with the fundamentals of constructionism.

Key words: constructivism, constructivism reasons, social movements.

Introducción

En una revisión general de los diferentes planteamientos epistemológicos de la ciencia elaborados a lo largo del siglo XX, junto con la actual situación de la epistemología, se advierte el irreversible cambio de una postura positivista hacia la aceptación de diversos paradigmas que pueden agruparse genéricamente como constructivistas, los que, con base en las críticas y el rechazo de cualquier teoría de tipo totalizante, nos desafían a replantear por completo todo lo que aceptábamos y pretendíamos entender como realidad

social, en cuanto a la reflexión de cómo conocemos, ofreciéndonos una nueva perspectiva para lograr la comprensión de los fenómenos sociales constituyentes de la realidad social en la que nos encontramos inmersos

Si bien el término *constructivismo* ha sido utilizado en diferentes campos del conocimiento, los principales elementos que lo identifican se refieren a: *a)* la prioridad de los procedimientos y de las reglas, la idea de que la acción tiene consecuencias fácticas y, por ello, es anterior a los hechos; *b)* la fundamentación metódica y normativa que refuerza el formalismo de las teorías; *c)* una tesis fuerte: el conocimiento

accede básicamente a aquellas entidades que los agentes sociales han construido o son capaces de construir. En términos generales, el constructivismo presenta los hechos como resultado de alguna actividad y considera que el lenguaje ordinario ha de ser reemplazado por otro tipo de lenguaje, más riguroso y menos ambiguo (López de la Vieja, 2002: 1).

El constructivismo explica el carácter diferencial de los planteamientos teóricos en la diversidad de sus orígenes, en las múltiples situaciones, prácticas y contextos situacionales de donde arranca cada uno de ellos. Todos los sistemas filosóficos, al igual que las creencias religiosas y las teorías científicas son hijos de su tiempo; surgen como una respuesta creativa del hombre ante las necesidades que le acucian en ese momento histórico donde surge el constructo.

En este artículo se establecen los rasgos centrales del paradigma constructivista, haciendo énfasis en las premisas de una concepción no radical, y que además acepta la relación sujeto-mundo en la construcción social de la realidad, con el fin de perfilar una metateoría con base en la cual reconstruir el enfoque para el análisis de los movimientos sociales. Asimismo, se hace un breve recuento de los planteamiento básicos de algunos de los principales sociólogos que han aportado a la conformación de una corriente de pensamiento constructivista, ya sea desde una sociología del conocimiento, a partir de la sociología fenomenológica y la etnometodología, o bien desde la orientación sociológica de la integración acción-estructura, y se presenta un conjunto de reflexiones para avanzar en la delimitación de los movimientos sociales como objeto de conocimiento, aplicando las consideraciones epistemológicas a la luz de los planteamientos sociológicos constructivistas, buscando llamar la atención acerca de la necesidad de partir de la desconstrucción de las elaboraciones que no tomaban en cuenta los fundamentos epistemológicos necesarios, para posteriormente acceder a la construcción del objeto de investigación.

Asimismo, cabe aclarar que se trata de un trabajo en el que se busca combinar diversas concepciones epistemológicas y sociológicas que podrían confluír en su orientación constructivista, junto con reflexiones derivadas de la investigación empírica y su correspondiente elaboración teórica y conceptual, con el fin de apuntar hacia el debate de los paradigmas en los que la teoría de los movimientos sociales puedan encontrar un encuadre adecuado y pertinente.

1. Constructivismo como paradigma epistemológico

Actualmente, la epistemología ya no es patrimonio de la filosofía, sino que se constituye en un cruce de caminos entre las ciencias del lenguaje, la antropología cultural, la sociología de

la ciencia, la psicología cognitiva y la biología del conocimiento. Es decir, se ha vuelto interdisciplinar, haciendo posible la confluencia de diversos enfoques que, en su articulación, permiten abordar la cuestión de la metateoría y un meta-lenguaje válido para el conjunto de esas disciplinas. Esa función de *metadiscurso* la cumple hoy el constructivismo, expresado en un amplio movimiento que se extiende a través de las diversas ciencias sociales, y que coincide tanto en la crítica hacia el positivismo como en la nueva sensibilidad científica postpositivista. Esta orientación se ha abierto extensamente a las aportaciones de la hermenéutica, de la teoría crítica, de la orientación dialéctica, de la sociología fenomenológica, del contextualismo y de los puntos de vista wittgensteinianos, entre otras fuentes que la alimentan.

Asimismo, el construccionismo exige que no se acepte la 'evidencia' con que se imponen a nosotros las 'categorías naturales', y que en cambio se investigue el grado en que esos referentes pueden ser meras elaboraciones cultural y socialmente situadas, o bien sólo productos de las convenciones lingüísticas. En ese sentido, el construccionismo es implícitamente crítico en tanto cuestiona todo lo que se ha aceptado como autoevidente, hasta en tanto no se presenten nuevos datos y se argumente lo suficiente. Esa crítica construccionista de los supuestos empiricistas se fundamenta también en las formulaciones de Gadamer, al insistir en el carácter siempre cultural e históricamente determinado de los marcos de referencia interpretativos, con base en los cuales las personas, y por supuesto los científicos, generan los significados (Gadamer, 1991; Ibañez, 1994).

El constructivismo como tesis epistemológica está centrado en la acción significativa del sujeto sobre el mundo, a partir del supuesto fundamental de la ruptura con cualquier forma de dualismo entre sujeto y objeto. Plantea que la realidad se conoce a través del sujeto, de sus percepciones, así como del sentido de la acción, es decir, que la realidad sólo es cognoscible por medio de la interpretación, y ésta es reflexiva con relación al contexto y el discurso. Esto implica que el objeto de estudio son los sujetos y las relaciones que se establecen entre ellos, por lo que resulta esencial el código de información con base en el cual las personas otorgan un significado a la realidad, y de acuerdo con él actúan cotidianamente. Esto quiere decir que en este encuadre epistemológico los individuos son concebidos como actores interpretativos, cuya dimensión subjetiva se constituye, en principio, a través de objetos externos que se van internalizando durante el proceso de socialización (Berger y Luckman, 1998: 164-185).

Para fundamentar el enfoque constructivista que aquí se trata, se considera principalmente la estructuración de las

corrientes sociológicas constructivistas de Philippe Corcuff, y asimismo coincidimos con él en cuanto a que más que conformar un conjunto de orientaciones que configuren una cierta corriente de pensamiento sociológico uniforme y que apunte a similares análisis, las escuelas que aquí se presentan se caracterizan por abordar una serie de problemas relativos a las formas del conocimiento en sociología, pero cuyos representantes difieren en sus planteamientos metodológicos y sus estilos de trabajo empírico. En todo caso, encontraremos entre esa diversidad investigativa algunos rasgos comunes fundamentales cuyas coincidencias se exponen brevemente a continuación:

a) Desde una orientación constructivista, las realidades sociales se conciben en términos de construcciones históricas y cotidianas por parte de actores sociales y colectivos; la idea de que son construcciones sociales dirige la atención a los productos de anteriores creaciones, a la vez que a procesos de actualización y reelaboración. Es decir, hace referencia a la historicidad como el eje de los argumentos constructivistas, en la medida que comprende tres premisas centrales: *i)* que el mundo social se construye a partir de condiciones ya dadas y heredadas del pasado; *ii)* esas formas sociales anteriores son reproducidas, apropiadas, desechadas y transformadas paralelamente a la construcción de otras formas, las cuales se elaboran a través de la práctica y las interacciones de la vida cotidiana de los actores; y *iii)* tanto las formas heredadas como las experiencias cotidianas funcionan como apertura de un campo de posibilidades para labrar el futuro (Corcuff, 1998: 19).

b) Lo más importante de considerar como centro del análisis a la historicidad, o sea esa capacidad de las sociedades y los sujetos sociales de incidir en su propio futuro, bajo determinadas condiciones, y siempre y cuando se conjunte la fuerza necesaria para transformar el sistema imperante, estriba en el hecho de que en ese proceso individual y colectivo las realidades sociales son objetivadas e interiorizadas. Estas remiten a mundos objetivados, en la medida que los individuos y los grupos viven en un mundo eminentemente simbólico e imaginario, creado y recreado por el lenguaje y las palabras, objetos, normas e instituciones a ello debe añadirse el legado de las nuevas aportaciones, en tanto que exterior a los individuos, y que funciona como límite a las acciones sociales, a la vez que son el soporte que da significado a esas acciones. Asimismo, esas realidades sociales se registran en mundos subjetivos internalizados, cuyos componentes son determinadas formas de sensibilidad, percepción, representación y de conocimiento de esas realidades. A través del aprendizaje y la socialización se interiorizan los mundos exteriores, en tanto que las prácticas individuales y

colectivas de los actores son el vehículo para la objetivación de los mundos interiores. Se trata de un proceso dialéctico de interiorización de lo exterior y exteriorización de lo interior. Y así como esos mundos exteriores presentan una variabilidad significativa, también los mundos interiores resultan diversos y singulares.

c) Ahora bien, el hecho de que estos mundos internos varíen y se correspondan con determinadas formas diferentes de vivir y pensar la realidad social, no equivale a plantear que la realidad social carece de una existencia propia y que no es más que un conjunto de representaciones exclusivamente atribuidas a los sujetos, sin la mediación de una objetivación, materialización y estabilización de las realidades sociales, con especial relación a la función de apoyo y referencia para nuestros actos que cumplen esas realidades, puesto que son el sedimento donde se han acumulado los significados por medio de los cuales podemos orientarnos y participar en la vida social, por lo que han alcanzado un estatuto de autenticidad y certeza en el ordenamiento de esos objetos exteriores que dan el contenido y el símbolo a las acciones. Por ello, aunque las representaciones desempeñan un papel importante en la construcción de la realidad social, ésta no se agota en el mundo interno; no son creación del sujeto por sí solo, sino que resultan de la conjunción de ese exterior que constituye la realidad y esas imágenes interiores que complementan la construcción, en tanto que aportan la visión personal de esa externalidad generada colectivamente, y configurada a través de los procesos de adaptación y asimilación al mundo social.

d) Otro de los rasgos centrales de la perspectiva constructivista es que, por principio, cuestiona la visión dominante y acrítica de todo lo que se nos presenta como dado, atemporal, homogéneo y necesario; lo que puede definirse como el momento de la desconstrucción, para oponer una diferente forma de ver las cosas, a partir de los procesos de construcción de la realidad social, y que se caracteriza como el momento de la reconstrucción. Así, el momento 'destrutivo' pone en tela de juicio la concepción y percepción dominantes y que son aceptadas como la única y auténtica realidad existente. Con esta operación se devela otra realidad como alternativa para observar y comprender lo que se ha instituido en la versión oficial del mundo, lo que significa superar la ingenuidad y atreverse a pensar y defender otra visión de esa misma realidad. En cambio, el momento de la reconstrucción es el tiempo de lo 'productivo', de la generación de una nueva interpretación de la realidad como resultado de la creación de otra verdad, necesariamente divergente a la cuestionada.

El constructivismo es, entonces, una nueva forma de realismo, distinta del positivismo, puesto que no acepta el dato

de la experiencia como única verdad, sino que lo pone en duda, abriendo así las posibilidades de encontrar diversas realidades cuyas relaciones con los sujetos sociales tienen que ser sometidas a reflexión.

2. Orientaciones sociológicas constructivistas

Para fines del presente artículo, interesa considerar las aportaciones de Norbert Elias, Pierre Bourdieu, Peter Berger y Thomas Luckman, así como el constructivismo fenomenológico de Alfred Schutz, ya que son los autores que, desde mi punto de vista, han contribuido de manera significativa a la conformación de una perspectiva constructivista a partir de la cual puede desarrollarse una importante reflexión en torno de los movimientos sociales como objeto de estudio aún en elaboración y replanteamiento.

2.1. El precedente de Norbert Elias (1897-1990)

Si bien se trata de un autor que hace ya muchos años hizo su aportación a la sociología del conocimiento, en lo que podría considerarse una primera etapa de ese importante campo de estudios, hoy vuelve a tomar importancia debido principalmente a que los temas y la cuestión misma de la apropiación y distribución social del conocimiento readquieren interés en la investigación social, sobre todo a partir del 'vuelco' constructivista que ha permeado en las ciencias sociales, otorgándole un lugar de importancia en el análisis de los fenómenos sociales como construcciones a la vez objetivas y subjetivas; además que los cambios sociales de los últimos años hacen evidente un replanteamiento de los paradigmas predominantes, con base en la exigencia de incorporar al investigador como parte del dispositivo de la observación.

Conocido por sus trabajos en sociología del conocimiento, establece que las ciencias sociales se diferencian de las naturales en dos cuestiones básicas: *i)* los objetos de investigación son al mismo tiempo 'sujetos' que construyen sus propias imágenes de la realidad social en la que viven; y *ii)* el investigador social forma parte del objeto de conocimiento de las ciencias sociales, es decir, no puede aislarse del conjunto social del que surge la producción de los conocimientos sociales. Sin embargo, esa condición, lejos de impedirle asumir una posición de objetividad científica, le obliga a adoptar una actitud que le permita a la vez 'tomar distancia' analítica y metodológica para operar sin prenociones o conceptos no adecuadamente elaborados, así como establecer un vínculo directo con el fin de acercarse a la comprensión del funcionamiento interno de aquellos procesos que busca indagar. Se trata de una dialéctica del distanciamiento y el compromiso por medio del investigador accede

a la construcción del conocimiento, siempre y cuando logre equilibrar los dos extremos de esa relación epistemológica, con lo que abrió el camino para superar la aparente contraposición entre sujeto y objeto de conocimiento (Elias, 1982 y 1989: 449-532).

Asimismo, otra oposición que se esforzó en cuestionar, y que además constituyó uno de los ejes principales de su contribución, fue la supuesta dicotomía individuo-sociedad, en tanto que 'realidades' diferentes que corresponden a distintos ámbitos y que por lo mismo deberían ser tratados como temas aparte. En contra de ese desconocimiento de la unidad indivisible entre individuo y sociedad, en la medida que aquél únicamente se define y actúa como tal en tanto integrante de una sociedad; y ésta, si bien no sólo es el resultado de la interacción de un conjunto de individuos, su 'realidad' es construida exclusivamente por la interacción de ellos, por lo que resulta imposible contraponerlos; aunque otro asunto es reconocer que entre el individuo y la sociedad median una serie de interferencias que pueden llegar a incidir tanto en los individuos como sujetos sociales, y en la sociedad como entidad real e imaginaria que se establece 'por encima' de los individuos que la componen.

Con los medios del análisis histórico, Elias plantea que esa diferenciación entre el individuo y la sociedad es al fin de cuentas un resultado del desarrollo histórico, y particularmente de las sociedades occidentales y su proceso de civilización, el cual llevó a que la historización derivara en la constitución del sujeto, referido al *yo* individual, asociado con determinadas estructuras de la personalidad en su compleja interacción con las estructuras sociales predominantes en el mundo occidental.

A partir de esa ubicación conceptual de la relación individuo-sociedad, argumenta que el objeto de estudio principal de la sociología es la interdependencia entre los individuos, tanto para la determinación de la condición de cada uno como miembro de la sociedad, como para el conjunto de relaciones que generan a los individuos en tanto que sujetos y actores sociales. Se advierte, entonces, que si la interdependencia es el proceso central de la explicación sociológica, existen una serie de niveles y funciones que cumple en la constitución de la sociedad y los individuos que la componen, puesto que se trata de una condición a la que nadie puede escapar, y que se concibe como un entramado cambiante y móvil de múltiples interdependencias, a través de las cuales los individuos establecen sus nexos y articulan los tejidos por medio de los cuales construyen sus vidas. Se trata, en efecto, de una compleja textura de distintas formas de interdependencia que se atraviesan mutuamente y generan distintas configuraciones o constelaciones, cada una con sus propias característi-

cas, y en las que en determinados momentos son ciertos componentes los que funcionan como el eje con base en el cual se ligan entre sí los individuos. Los rasgos distintivos de las configuraciones son la amplitud y complejidad de las cadenas de interrelaciones como los vínculos consistentes que asocian a los distintos individuos, aun cuando los mismos participantes –según Elias– no lleguen a ser del todo conscientes del alcance, características e implicaciones de los lazos que han producido, ya que en las relaciones intersubjetivas están de por medio los factores cognitivos, los afectivos y los relativos a las accio-

nes; sin embargo, las impresiones que se generen en los otros, debido a nuestra intervención, generalmente escapa a nuestro registro consciente, toda vez que las interacciones son intencionales, pero crean consecuencias no previstas por el carácter simbólico de esas interacciones y por los significados desconocidos de las interdependencias (Elias, 1982: 50-65).

Además de esas heterogeneidades, las interdependencias, en tanto que son dependencias recíprocas, no necesariamente conllevan relaciones semejantes o equilibradas; y aunque desde luego pueden considerarse interdependencias basadas en interacciones niveladas, a Norbert Elias le interesaron principalmente aquellas caracterizadas por la desigualdad, la dominación y el poder, ya que estas formas son típicas de las interdependencias en todas las organizaciones sociales, en tanto que se establece una división entre los que detentan el poder y los que resultan gobernados. Finalmente, el poder es concebido por Elias no como la propiedad de alguien en particular, sino como resultante de las relaciones de interdependencia, siempre que surja la condición de que algunos dependan de otros; es decir, dominan quienes se encuentran en el polo dominante de la interdependencia que, como vemos, no necesariamente es simétrica.

En este mismo sentido, Elias trató con la oposición entre libertad y determinismo, y planteó que no es posible optar por uno u otro de estos extremos, sobre todo debido a que tanto el individuo como el sistema social tienen que acotar sus ámbitos y posibles determinaciones, en la medida que ni el individuo puede aspirar a una ‘libertad total’, ni las estructuras sociales tienen la posibilidad de imponerse sobre los individuos. Lo que sí advirtió agudamente fue la tendencia histórica de una mayor autonomía de los sujetos con respecto a las determinaciones institucionales; aunque

El poder es concebido por Elias no como la propiedad de alguien en particular, sino como resultante de las relaciones de interdependencia, siempre que surja la condición de que algunos dependan de otros.

esto se logre a través de la lucha por conquistar ese derecho legítimo de los sujetos sociales. Asimismo, la visión de las interdependencias supera y enriquece la noción limitada de la causalidad unilateral, para ofrecer un enfoque donde lo importante es identificar las interrelaciones de los actores individuales, y no pretendidas determinaciones históricas, que más que descubrir hechos nuevos, confirmaría presupuestos más allá de los análisis concretos.

Ese entramado de interacciones que en la actualidad queda identificado con el *sistema*, para Elias más bien se trataba de una entidad en construcción, una

configuración con todo el sentido de algo abierto y en proceso de perfilar su alcance y los estreñimientos sociales que conlleva. Y así como esas condicionantes externas moldean y prefiguran los contextos en que se relacionan los individuos, igualmente inciden en la formación de las estructuras internas de la personalidad individual, de tal manera que cada uno de nosotros tiene que desarrollar su vida en medio de un conjunto de redes de relaciones heredadas, como la familia, la religión, los grupos sociales, que asimismo son resultado de anteriores acumulaciones de experiencias, prácticas, formas de ver, pensar y sentir la vida, todas ellas expresadas y transmitidas a través del lenguaje, y que contribuirán a perfilar las formas de sensibilidad y pensamiento (Corcuff, 1998: 28).

Finalmente, cabe resaltar la importancia que Elias atribuyó a la historicidad, oponiéndose a cualquier concepción determinista de la historia, ya que para él todos los productos y factores de la actividad social son históricos, y la historia no conoce fin definido alguno; aunque busca ciertos horizontes, más no una sola finalidad. No obstante, se empeña en concebir un desarrollo como avance lineal de la sociedad, dejando de lado las discontinuidades, saltos y contradicciones que la historia social muestra, en fin, dejándose llevar por una idea evolucionista que limitó su pensamiento social.

2.2. El constructivismo estructuralista de Pierre Bourdieu

Bourdieu establece que el planteamiento denominado por él *constructivismo estructuralista* es resultado de la articulación entre lo objetivo y lo subjetivo, en la medida que reconoce la existencia de estructuras sociales al margen de la conciencia subjetiva, que tienen la función de orientar y delimitar las acciones y representaciones de los individuos y colectividades. Que su enfoque sea constructivista significa

que tanto los patrones de percepción, pensamiento y acción individuales y grupales, como las estructuras sociales, tienen un origen social que no ha sido dado, sino que es el resultado de un proceso de construcción social. Al conjunto de factores subjetivos lo denominó *habitus*, mientras que a las estructuras sociales las integró en el concepto de *campos* (Bourdieu, 1993 y 1998).

Con base en este enfoque, y debido a que le otorgó mayor importancia a los factores objetivos, identificó dos momentos en toda investigación social: un primer momento *objeto vista* y uno segundo *subjetivo vista*. En el primero, el investigador construye las estructuras objetivas, haciendo abstracción de las representaciones subjetivas de los actores, que son la base de las representaciones subjetivas y establecen los constreñimientos estructurales que inciden en las interacciones sociales (citado por Corcuff, 1998: 31).

Para los fines de este análisis, interesa resaltar la preocupación de Bourdieu en el sentido de que el sociólogo lleve a cabo la 'ruptura epistemológica' con las prenociones de sentido común de una sociología espontánea, atribuida a los actores sociales, con el fin de poder llevar a cabo la construcción del objeto de estudio sobre las bases firmes de conceptos debidamente elaborados o trabajados con los instrumentos de la crítica teórica, en una actitud de vigilancia en la construcción del conocimiento social. Y ese conocimiento, orientado principalmente a la comprensión del mundo, tiene que ser interdisciplinario, en tanto que la realidad social no puede ser entendida por medio de divisiones que la disgregan, sino en su totalidad y complejidad. De ahí que la diferencia central en los enfoques investigativos radique en el método de producción de conocimientos. El objeto de estudio es necesario que sea universal a todas las disciplinas; en cambio, el acercamiento al mismo tiene que ser específico. Sin embargo, Bourdieu insistió todo el tiempo en los peligros de que se actuara en sentido inverso, es decir, en que los objetos de estudio se particularicen, mientras que el acercamiento a los mismos se universaliza. Esto último, según Bourdieu, únicamente puede inscribirse en una lógica de despolitización progresiva del conocimiento, la que se sintetiza en la paradoja de *ocultar mostrando* (Bourdieu, 1984: 20-43).

En la producción del mundo social resulta fundamental el concepto de *acción histórica*; esta idea se refiere al hecho de que cada actor social no es un sujeto que se enfrenta a la sociedad como un objeto constituido fuera de ella. Su particularidad no reside ni en su conciencia ni en las cosas, sino que es resultado de la relación entre dos estados de lo social; es decir, la historia objetivada en las cosas —expresada en las instituciones— y a la vez esa historia encarnada en los

cuerpos, en la forma de ciertas disposiciones duraderas que él llamó *habitus*. O sea, que es la consecuencia del entrecruzamiento del *habitus* y del *campo*, de la historia hecha cuerpo y de la historia hecha cosa, el proceso que da cuenta de la producción de lo social. Se trata, en fin, de un doble movimiento constructivista de interiorización de lo exterior y exteriorización de lo interior (Corcuff, 1998: 32).

En tanto formas en que las estructuras sociales se interiorizan, los *habitus* se van constituyendo a partir de las diversas experiencias de la vida, como un verdadero sistema de disposiciones perdurables y transponibles, ya que se trata de tendencias a percibir, sentir, hacer y pensar de una determinada manera, que se han asimilado e incorporado por lo general inconscientemente por cada individuo, según sus condiciones objetivas de vida y existencia, así como su recorrido social. El *habitus* tiene una función integradora de las disposiciones, lo que les permite a las personas lograr continuidad en sus vidas; aunque, al decir de Bourdieu, éstas puedan padecer de la 'ilusión biográfica', entendida como esa visión coherente y consciente que cada quien tiene de sí mismo, por lo que el sociólogo ha de reconstruir con base en la situación dentro de la estructura de clases, de las posiciones institucionales, de las diferentes experiencias en otros tantos campos, así como de la trayectoria en el mundo social. Finalmente, los *habitus* también son singulares, puesto que existen tipos de *habitus* relacionados con la situación de clase social, de tal manera que designan distintas vivencias y experiencias sociales (Ritzer, 1993: 500-505).

Por su parte, los campos constituyen el momento de la exteriorización de lo interior, que se configuran en instituciones, no en términos de entidades dadas sino como relaciones, constelaciones de relaciones entre actores individuales y colectivos. Se trata de esferas de la vida social que han logrado autonomía a través de la historia, a partir de ciertas relaciones sociales, intenciones, intereses y recursos particulares, que los diferencian de otros ámbitos o campos. Así, cabe tener en cuenta que las personas y grupos no se mueven por los mismos motivos en el campo económico que en el político o el cultural. Lo importante, además, es que cada campo es a la vez un *campo de fuerzas*, cuya característica es una desigual distribución de los recursos. Esta desigualdad genera una disputa entre dominantes y dominados que deriva en un *campo de luchas* al interior del cual los agentes sociales se enfrentan con el propósito de mantener o transformar esa correlación de fuerzas.

Otro de los puntos centrales de la obra de Bourdieu se refiere a la dimensión simbólica del orden social. Con base en los planteamientos de Weber, sostuvo que la realidad social implica un conjunto de relaciones de significado, es

decir, que presenta una dimensión simbólica. Por ello, el lenguaje y las representaciones resultan de la mayor importancia en la construcción social, aunque no agotan esa realidad (Bourdieu, 1993: 17-26).

Asimismo, Bourdieu insistió en su enfoque de la sociología de la acción. Su enfoque surge específicamente de una crítica al intelectualismo, en tanto que se basa en el análisis desde el punto de vista de quien observa, dejando de lado la perspectiva práctica de los actores sociales. Este aspecto resulta de la mayor importancia en la medida que llama la atención en torno a una actitud de centralismo analítico desde el observador, por más reflexivo que sea su punto de vista, en detrimento de la captación de la *lógica práctica* propia de quienes actúan. Lo importante, según Bourdieu, es lograr una *correspondencia de la práctica con la práctica* a partir de la cual no se llegue a posiciones ajenas a las intencionalidades y propósitos de los actores, en los casos en que la perspectiva del investigador se sobreponga a lo que el actor lleve a cabo; ni tampoco que se deje que los hechos hablen por sí mismos, buscando no alterar lo observado y asumiendo que la construcción del conocimiento debe que-

Bourdieu trabajó por una sociología reflexiva que significa que no sólo la reflexión se aplica para el análisis de la lógica de la práctica del actor, sino también a la reflexión por parte del sociólogo.

dar preferentemente en manos de los actores que son quienes hablan, y el investigador sería sólo un medio, lo más neutral posible, de esa codificación de las respuestas.

La relevancia del análisis de la lógica de las acciones (prácticas) estriba en el hecho de que de ahí se desprendió el interés por la acción en proceso, concibiéndola entonces como un continuo que genera un encadenamiento de secuencias de actos, y que despertó el interés de otros investigadores para seguir por esa línea de estudio.

Bourdieu trabajó por una sociología reflexiva que significa que no sólo la reflexión se aplica para el análisis de la lógica de la práctica del actor, sino también a la reflexión por parte del sociólogo. Principalmente, en el sentido de la capacidad que despliegue para establecer y mantener una relación con el objeto de estudio, lo que redundará en una mejor práctica investigativa. Esto quedó plasmado en el concepto de *objetivación participante*, puesto que la objetivación de la relación subjetiva del investigador con su objeto es requisito imprescindible para lograr la producción de cono-

cimientos. Inclusive, Bourdieu va más lejos para exigirle al sociólogo un trabajo de auto-socio-análisis de su relación con el objeto, de tal manera que tanto el investigador como lo investigado entren en el análisis, con el fin de llevar a cabo su indagación con mayor rigor (Corcuff, 1998: 38).

2.3. Alfred Schutz y la intersubjetividad en la construcción de la realidad social

Sin duda uno de los más influyentes sociólogos que iniciaron todo un cambio en la visión y contenido de la indagación sociológica fue el austriaco Alfred Schutz, quien elaboró la sociología fenomenológica, y que prácticamente aplicó la fenomenología de Edmund Husserl, aunada a la orientación de Max Weber; aunque en su elaboración más acabada, incorporó aspectos de la filosofía pragmática de Dewey, James y George Herbert Mead, sin dejar de considerar las teorizaciones en boga de Talcott Parsons.

La tesis principal que interesa analizar aquí establece que los objetos del pensamiento construidos por los investigadores de las ciencias sociales se instauran a partir de los objetos construidos por los pensamientos de los hombres comunes con relación a su vida cotidiana, siempre en las interacciones con otros actores sociales, y centrados en esa experiencia habitual. Por ello, las construcciones creadas por los investigadores son, en ese sentido, *construcciones de segundo orden*, cuyo propósito es servir de base para la explicación de las acciones correspondientes a las

construcciones que los actores configuran en los escenarios diarios, y que el científico busca analizar con sus instrumentos de trabajo y observando los procedimientos pertinentes. Lo importante aquí es resaltar que los conocimientos construidos por los sociólogos surgen de aquellos conocimientos comunes que los distintos actores mantienen en un repertorio que se ha ido construyendo en el tiempo de vida, que se conservan latentes como conocimientos disponibles, cuya función principal es servir como pautas de referencia para el entendimiento y despliegue de las acciones regulares (Schutz, 1974).

Ahora bien, ese mundo del conocimiento cotidiano es, ante todo, intersubjetivo y cultural, ya que no es únicamente mío, sino construido por un conjunto social, incluyendo a quienes nos precedieron, y su rasgo principal es que se ha logrado por medio de la convención de significados generalizados, los que se han sedimentado en la historia de las sociedades y en cada espacio donde se han creado y recreado. Se trata del mundo de vida, entendido como un entrete-

jido simbólico que a través de acciones y pensamientos los actores construyen e interpretan intersubjetivamente. La vida cotidiana constituye el sustrato primordial por medio del cual los actores pueden comprenderse debido a que comparten, en su cotidianidad, una referencia a las vivencias que se presentan en esa esfera, y que se irradian a través del lenguaje y la comunicación (Estrada, 1995: 9-25).

El mismo Schutz afirma que exclusivamente mi existencia como un sí mismo dentro de este mundo posibilita la relación colectiva e intersubjetiva, es decir, nosotros, vosotros, ellos, y a la vez la relatividad que la caracteriza. La lógica del mundo de vida establece que el *yo*, consecuencia de un *nosotros* anterior, mantiene su carácter original de fungir como el eje desde el cual se organiza el mundo en determinadas coordenadas temporales-espaciales en un caudal de vivencias; pero se trata de un flujo 'indefinido' hasta el momento en que se actualiza en la reflexión que actualiza las vivencias del pasado, como condición para poder proclamar 'mis experiencias' y 'mi vida'. Ese criterio reflexivo radica en el hecho fundamental de que el *yo* vive en un 'presente vivido' en el cual no es consciente de sí como *ego*, ni tampoco de sus pensamientos hasta no alcanzar el momento del acto reflexivo. Asimismo, en ese mundo de vida como experiencia asumida en actitud natural, al interactuar con otras personas que hablan, sienten y piensan, los experimentamos en su presencia vivida, tanto corporal como afectivamente, y en el intercambio de pensamientos aquí y ahora, en una *simultaneidad vivida* (Ritzer, 1993: 268-281).

Sin embargo, no existe homogeneidad ni entre los actores ni en el mundo social donde participan ya que: *1)* El repertorio de conocimientos disponibles es diferente para cada actor, puesto que se presenta una distribución desigual del conocimiento, condicionada por la situación social y biográficamente determinada en cada caso, y *2)* el mundo de vida cotidiana se constituye en diversos niveles de realidad, por lo que se construyen realidades múltiples y diferenciadas.

Un punto central de su teorización radica en la idea de acción, vinculada al comportamiento humano en la medida que es planeada por cada actor, con base en un proyecto anticipado, el cual conlleva los componentes de su orientación hacia el futuro, además de la conciencia y los motivos para su realización.

2.4. Bergery Luckman: la sociedad como realidad objetiva y subjetiva

En una de las formulaciones más sistemáticas del programa constructivista en las ciencias sociales, los sociólogos Peter Berger y Thomas Luckman, estadounidense y alemán respectivamente, en un esquema donde incorporan

las aportaciones de Schutz hasta clásicos como Marx, Durkheim, Simmel, Weber, Mead, Sartre, Parsons y Goffman, lograron elaborar una orientación consistente que a la vez permitía un avance teórico en el análisis sociológico, y una propuesta de fundamento y guía para la investigación empírica, con base en la actualización de la sociología del conocimiento, y el enfoque sobre la vida cotidiana en su dimensión social.

Ante todo, la sociedad es una realidad objetiva, o sea, exteriorizada e independiente de los actores que la producen, por lo mismo objetivada en tanto que constituida por mundos de objetos independientes de los sujetos. Con base en este doble proceso, de exteriorización y objetivación, en tanto que se soporta en un conocimiento común tipificador así como en las interacciones cara a cara, funciona como insumo para los procesos de institucionalización, en la medida que se trata de un proceso que se expresa cada vez que las clases de actores confluyen en una tipificación recíproca de las acciones habituales. El hecho a resaltar es que la propia institución tipifica al mismo tiempo a los actores y las acciones individuales. Por ello, las instituciones van adquiriendo determinada consistencia y estabilidad debido a la acción de la historia, por medio de los fenómenos de cristalización de las tipificaciones y los hábitos, y de su consiguiente sedimentación en el transcurso del tiempo, aunado esto al intercambio de diferentes reservas de conocimientos, que transitan a través del lenguaje y la comunicación. Debido a la división del trabajo social, las instituciones tienden a especializarse, y los mismos actores asumen roles sociales diferentes, en función de cada institución y el lugar que ocupan dentro de ellas. Complementariamente, las instituciones, para poder legitimarse y mantenerse, requieren de un orden cognitivo y normativo, es decir, formas simbólicas que permiten acceder a su conocimiento, tanto teórico como práctico, ya que esto les confiere todo su valor y significado.

Pero la sociedad también es una realidad subjetiva, o sea, interiorizada por medio de la socialización, entendiéndose por ésta la instalación congruente y extensa de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o de un sector de la misma. Los autores distinguen dos tipos de socialización: la primaria, básicamente generada durante la infancia, debido a lo cual deja una huella más duradera y penetrante, y la socialización secundaria, que se configura durante las experiencias posteriores, y en la cual los individuos tienen una relación diferente con las instituciones y otras agencias sociales que inciden en su referencia para la acción. De manera similar a lo que sucede con la institucionalización, la socialización tiene las propiedades de la conservación y la transformación. En ambos casos, la institucionalización

Resulta imprescindible establecer los fundamentos epistemológicos para el análisis de los movimientos sociales como condición para avanzar en el adecuado planteamiento de los problemas teóricos y metodológicos en ese campo del conocimiento.

y la socialización, la constante es que se les considera en su diversidad, como un rasgo típico de las sociedades actuales en las que predominan el pluralismo de realidades e identidades individuales y colectivas.

3. El análisis de los movimientos sociales

Como área particular de investigación, los movimientos sociales se encuentran en un momento muy importante de su elaboración, pues desde hace varios años se llevó a cabo la desconstrucción de las concepciones dominantes, que no habían recibido los beneficios de la crítica constructorista; pero que a partir de los análisis de Touraine (1987, 1993 y 1996), Melucci (1984, 1985, 1989, 1994, 1995 y 1996) y Laraña (1993, 1994, 1996 y 1999) se han replanteado los fundamentos del campo de estudio empezando por la cuestión de la definición del concepto, no como recurso de acotación teórica, sino como establecimiento del campo de problemas que aborda, lo que significó una reflexión con relación a todas aquellas acciones colectivas que tradicionalmente se denominaban movimientos sociales, sin una consideración rigurosa de su pertinencia. Asimismo, la revisión de los instrumentos y procedimientos para el estudio de los movimientos sociales permanecía en un cierto estancamiento, en la medida que la contraposición entre los enfoques cuantitativos y cualitativos no dejaba de rondar en las investigaciones empíricas, sin encontrar un encuadre integrador que no resultara excluyente, sino que lograra aportar una visión más fresca y alternativa para su abordaje científico.

Entonces, resulta imprescindible establecer los fundamentos epistemológicos para el análisis de los movimientos sociales como condición para avanzar en el adecuado planteamiento de los problemas teóricos y metodológicos en ese campo del conocimiento. A continuación se presenta un conjunto de consideraciones que, surgidas de las formulaciones epistemológicas constructivistas, así como de los contenidos de las diversas orientaciones sociológicas también de carácter constructivista que se han señalado, constituyen puntos principales que conforman los componentes metateóricos

en el análisis, es decir, condiciones para lograr la producción del conocimiento en este campo problemático:

3.1. Conocimiento y desconstrucción

Los conocimientos normalmente aceptados deben ser permanentemente desconstruidos, con el fin de poder hacer surgir las determinaciones socioculturales implícitas, que son el medio y

resguardo de la crítica. En el caso que nos ocupa, la desconstrucción se aplicó a cinco cuestiones centrales que no permitían la adecuada construcción del objeto de estudio:

a) El sentido determinista y de 'misión histórica' predeterminada que se atribuía a los movimientos sociales. Por ello, únicamente se consideraban como movimientos sociales aquellas acciones colectivas cuyos protagonistas estuvieran previamente designados o elegidos por la historia para emprender ese cometido. De ahí que se imponía el determinismo histórico-social, más que la concepción de la historicidad como capacidad de los sujetos sociales de construir su propio destino. En este punto, los planteamientos de Norbert Elias y Bourdieu aportan a la comprensión de la desconstrucción, por lo que permiten una reconstrucción que supere esos obstáculos metateóricos. En el primer caso, con sus trabajos clásicos acerca de la evolución de las sociedades, donde da cuenta de los cambios socioculturales estrechamente relacionados con los estadios del desarrollo, registrados en diferentes contextos simbólicos; y en el segundo, con las innumerables investigaciones del sociólogo francés, cuyo rasgo característico fue establecer una ruptura epistemológica con los planteamientos tradicionales, con el fin de incorporar no sólo las preguntas centrales con relación a los sistemas económico y político internacionales, sino también las pautas culturales predominantes en cada situación particular;

b) En estrecha relación con la cuestión anterior, también había que reelaborar el tema del cambio social, puesto que aún predominaba el criterio de que únicamente las acciones colectivas que tuvieran como finalidad la transformación social podrían denominarse movimientos sociales. Incluso el 'prejuicio progresista' impide analizar a movimientos sociales que impulsan cambios no hacia la izquierda, como el neofascista o ciertos populismos conservadores. De ahí que todo un conjunto de acciones no explícitamente revolucionarias o que buscaran cambios limitados, o procesos de cambio social de menor alcance, quedaban al margen de la definición prevaleciente. En la reconstrucción del concepto de movimiento social este punto quedó replanteado, sin dejar de tener en cuenta que el cambio social es

un elemento básico y propósito de los movimientos sociales, sino aceptando que dicho cambio no necesariamente tiene que ser sinónimo de alteración social, ya que puede referirse a procesos de cambio social y político que coadyuvan a modificar el estado de cosas imperante. Prácticamente los cinco sociólogos considerados abonan en este sentido; aunque ha sido Bourdieu quien más ha insistido en la necesidad de darle otra dimensión y significado a las luchas por avanzar en las modificaciones sociales en favor de la humanidad y contra el neoliberalismo.

o) La compleja relación del individuo con la sociedad, en la medida que aquél construye a la sociedad a la vez que se moldea según el lugar que ocupe en la estructura social. El problema con la separación tajante que se establecía entre individuo y sociedad era que o bien predominaban los enfoques centrados en el sujeto, haciéndolo el centro y motor de la historia; o bien se analizaban los fenómenos y procesos sociales a partir de las estructuras sociales, quedando los sujetos como meros instrumentos de aquéllas. En la reconstrucción del objeto de estudio de los movimientos sociales, la relación individuo-sociedad se concibe como una dimensión dialéctica, resultado del desarrollo histórico, en el que las estructuras objetivas y objetivadas tienen influencia en la subjetivación, y los sujetos, asimismo, exteriorizan y contribuyen a la estructuración social, en un proceso de ida y vuelta en el cual las dos dimensiones de lo social tienen que considerarse en el análisis. Los planteamientos de todos los autores incluidos es fundamental para una nueva elaboración conceptual de los movimientos sociales.

d) Los cambios determinantes que ha registrado la sociedad en el ámbito internacional, principalmente derivados del predominio de la globalización neoliberal, obliga a tener en cuenta la nueva situación en que se presentan los movimientos sociales. Particularmente dos cuestiones tenían que reconsiderarse: por un lado, todas las implicaciones de la colonización del mundo de vida, ampliamente trabajadas por Schutz y Habermas, como la nueva condición de control político-social contra la que se constituyeron y pronunciaron los Nuevos Movimientos Sociales y, por otra parte, las formas de dominación imperial que se han impuesto contra las naciones, para acabar con todas las formas de organización colectiva y el sometimiento de los sujetos sociales a los intereses del capital. Aquí, los planteamientos de Bourdieu y Schutz tienen gran pertinencia.

e) Asimismo, el abordaje de los movimientos sociales como un campo de problemas particular, donde el análisis de su dinámica interna no había sido considerado a la luz de los planteamientos que los concebían como redes de interacción con su propia historicidad, impedía que se analizaran en

profundidad 'hacia adentro', con lo cual dejaban de estudiarse los distintos 'subsistemas', lo que a su vez obstaculizaba el enfocarlos como procesos. También en este punto saltan a la vista las aportaciones de los sociólogos constructivistas en la medida que subrayaron la necesidad de considerar los procesos generados intersubjetivamente, como componentes centrales de las acciones colectivas.

3.2. El 'giro hermenéutico'

La aceptación de que el 'giro hermenéutico' está consumado, y que no permite dar marcha atrás a planteamientos que no incorporen esa reorientación; aunque aceptando que el carácter pluriparadigmático del contexto postempirista ha abierto el espectro a nuevos enfoques. Este punto se encuentra directamente vinculado con el reconocimiento de la naturaleza simbólica de la realidad. La especificidad de lo social no depende de la amplitud o tipología de los objetos considerados, ya que no es la naturaleza del objeto, sino la relación en la que este objeto se encuentra prendido lo que le confiere su dimensión social, y esta relación es de naturaleza eminentemente simbólica. Lo social aparece en el momento en que se constituye un mundo de significados compartidos entre varias personas (Ibañez, 1994: 227-228). Y es este fondo común de significaciones el que hace posible a los individuos investir a los objetos con una serie de propiedades que no poseen como tales, sino que son construidas conjuntamente por medio de la comunicación y que se sitúan, por lo mismo, en el universo de los signos. La conciencia de la imposibilidad de que el conocimiento científico pueda trascender finalmente las constricciones que le imponen tanto el lenguaje 'natural', como las 'preconcepciones' que conforman una determinada tradición cultural. En este sentido, en el análisis de los movimientos sociales es importante considerar el factor de los procesos de construcción de la identidad y la creación de marcos de significación, en la medida que éstos constituyen elaboraciones cognitivas fundamentales, ya que configuran el conjunto de conceptos, valores, creencias, representaciones, órdenes, conminaciones a hacer o dejar de hacer algo, determinadas consecuencias, así como el hecho de hacerlas valer para el conjunto de los integrantes del movimiento. La función central del marco de significaciones es configurar un sistema de interpretación del mundo, como una construcción 'propia' de la organización, por medio de la cual se otorga sentido a las decisiones y acciones colectivas. En la elaboración de los marcos de significación desempeña un papel de la mayor importancia la ideología y el simbolismo. Se trata de lo imaginario como invento, como deslizamiento o desplazamiento de sentido, en el cual determinados símbolos ya

disponibles se encuentran investidos con otras significaciones distintas a las aceptadas o 'normales'. Así, se va estructurando una diferente visión de las cosas, particularmente del orden establecido y su legitimidad, la cual se presenta como un nuevo simbolismo que por lo mismo otorga nuevos sentidos a las acciones. Desde el punto de vista de los individuos que participan en acciones colectivas, los marcos de significación resultan muy relevantes, puesto que son el soporte para lograr la consonancia cognoscitiva, o sea, la posibilidad de que las acciones, independientemente de si son exitosas o no, tengan una explicación e interpretación en el encuadre de una lógica que la justifica, toda vez que se asume que las acciones tienen un sentido definido y ese encuadre se encarga de encontrar los argumentos que las hacen adecuadas o al menos consecuentes con las metas del movimiento. La gran virtud de las significaciones radica en que conforman un sistema de pensamiento en el que existen jerarquías en las categorías; pero asimismo se da la posibilidad de que las significaciones se actualicen o cambien, siempre y cuando sea como resultado de un proceso de resignificación logrado a través del análisis colectivo.

3.3. La condición histórica de la realidad social, según la cual la sociedad constituye una producción social que se modifica a través del tiempo

Esto significa, que por un lado, las estructuras sociales tienen memoria, y lo que en determinado momento son resulta indisoluble de la historia de su producción. Es decir que la genealogía de los fenómenos sociales está presente en ellos mismos. Y esto es lo que se requiere considerar en el estudio de los movimientos sociales, puesto que la construcción de la identidad colectiva –que surge como punto de confluencia entre los determinantes sociales del comportamiento y la constitución del actor como sujeto de su historicidad– se trata de un proceso en el que el actor social incorpora experiencias presentes a la memoria colectiva, y experiencias anteriores, generándose una resignificación de los hechos en que participa, incluyendo así los factores sociales con los psico-sociales. De ahí que los momentos de crisis y los episodios conflictivos resultan en circunstancias especiales para la reevaluación y resignificación de la biografía personal con la historia colec-

tiva con la cual uno se identifica socialmente; en la que un 'yo' se reconoce como un 'nosotros' y, por esta razón, el primero modifica su identidad personal.

3.4. Reflexividad

La importancia del fenómeno de la reflexividad, en la medida que las sociedades tienen la capacidad de romper la disyunción objeto/sujeto y de fundir ambos extremos en una relación



dialéctica que la posibilita para construir su propia naturaleza social. Considerar que es debido a que el sujeto puede tomarse a sí mismo como objeto de análisis por lo que puede constituirse un mundo de significados compartidos y un espacio intersubjetivo sin los que no podría configurarse la dimensión social como tal. En esa lógica, la reflexividad como rasgo peculiar de los movimientos sociales de la actualidad estriba en su capacidad para producir y contraponer una controversia en relación con un determinado estado de cosas, cuya legitimidad y sentido de orden se dan por indiscutibles antes de que se manifestara un movimiento social, situación que ha empezado a cambiar. Lo que puede observarse es que la eficacia simbólica de los movi-

mientos y su relación con los procesos de cambio social se vinculan directamente con su alcance para producir cambios en las definiciones colectivas acerca de las situaciones que motivan las acciones de los movimientos. Por ello, el carácter reflexivo de éstos es consecuencia de que son algo sobre lo que se refleja la sociedad y que impulsa la capacidad de ésta para reflexionar y ser consciente de lo que es. Esto significa que los movimientos sociales actúan como un espejo en el cual la sociedad se muestra y puede mirarse, lo que a su vez le informa de sus problemas y limitaciones. Se advierte que, por medio de la acción de los movimientos sociales, muchas personas se dan cuenta que algunas normas colectivas se han convertido en objeto de lucha pública, representando la ocasión y la forma de conocer algunos problemas de la sociedad que permanecían 'ocultos': la propia existencia de los movimientos es una manera de percibir la realidad, que se subraya y pondera como alternativa.

3.5. Especificidad social

Incorporar en los análisis la propiedad específicamente social, debido a que los seres humanos tienen la posibilidad de cons-

tituirse en fuente de determinación última de sus propias conductas, o sea, capaces de autodirigir sus comportamientos con base en decisiones y cálculos elaborados internamente. La aceptación plena de la agencia humana es otro de los puntos nodales de replanteamiento de la sociología constructivista. Este aspecto sociológico, pero a la vez psicosocial, es otro de los puntos fundamentales en la reelaboración del campo de estudios de los movimientos sociales, puesto que la capacidad de actuación y, más que eso, de funcionar como agente de cambios y de la propia historicidad, significa que las acciones colectivas se ponderan como resultado de las decisiones no sólo racionales, sino como expresiones de la mayor autonomía de los sujetos, en procesos de estructuración, así como acciones que apuntan en la dirección de una perspectiva práctica de los actores sociales. Significa, entonces, que la participación en movimientos sociales es a la vez un medio para alcanzar determinados objetivos, y un fin en cuanto a que sus miembros logran por medio de las acciones hacerse cargo de su propio proyecto colectivo y de imprimirle, dentro de ciertos límites, un ritmo y características particulares como actores que desempeñan sus roles incidiendo en el devenir de la organización y en las estrategias decididas para conseguir los efectos buscados. De ahí que, para el examen de los movimientos sociales, resulte de la mayor importancia la continuidad y la unidad de éstos, como condición para poder desplegar precisamente un conjunto de acciones colectivas claramente planteadas, como resultado de poder regir el curso de las mismas, y como sujetos, intervenir en forma contundente. Asimismo, la idea de la agencia aporta a la comprensión de la creación del discurso por parte de los integrantes de los movimientos sociales, como líneas de enunciación que tienden a representar posiciones sociales, en los textos, como productos de una actividad objetualizada que se ha materializado en imágenes lingüísticas sucesivas. En esa misma idea, el discurso es concebido como la manifestación de la verdad de quien lo produce, una verdad como causa del texto y su intencionalidad, la evidencia de una certeza que se construye para defenderse a sí misma; y que únicamente por medio de su interpretación podrá situarse al actor social que lo produce, y comprende el sentido de su mensaje, en tanto agente que se impulsa a exteriorizar su compromiso y sus banderas. Como rasgo particular de quienes participan en las acciones colectivas, los discursos manifiestan la capacidad constructiva de los actores que integran el movimiento social, en la medida que articulan un texto por medio del empleo específico de un conjunto de material simbólico, coherente con los marcos de significación y los propósitos de los mensajes que se producen, con-

feccionando una argumentación a través de la cual exponen sus puntos de vista, demandas y proclamas, en un acto creativo en el cual se plasman las ideas y los propósitos de la organización, y a través del que se elabora una forma de concebir la situación y los cambios que se buscan.

3.6. Interdisciplinariedad

Una premisa para el abordaje de los procesos y fenómenos sociales desde la perspectiva constructivista tiene que ser necesariamente interdisciplinar, concibiéndola como una apertura y un diálogo con otras disciplinas afines, de tal forma que pueda enriquecerse el análisis, tanto porque de esta manera pueden incorporarse las principales aportaciones del pensamiento contemporáneo, como debido al hecho de que los fenómenos sociales contienen una multiplicidad de factores que se entrecruzan con los objetos de estudio de otros saberes, apuntando así hacia un encuadre de la totalidad como construcción metateórica a partir de la cual poder enfocar los objetos particulares de investigación, traspasando así las fronteras, muchas veces artificiales, que una concepción positivista imponía a la división del trabajo en las ciencias sociales, y que definitivamente era un obstáculo para un abordaje de mayor horizonte social.

Conclusiones

En cuanto al estudio de los movimientos sociales, y teniendo en cuenta las distintas aproximaciones disciplinarias que lo abordan como objeto de conocimiento, es posible identificar entrecruzamientos de las siguientes disciplinas, conformando una articulación interdisciplinar que enfoca el objeto en su complejidad y sus dimensiones cognoscitivas: la sociología, la psicología social, la ciencia política, así como la antropología social, en la medida en que, para la comprensión de los movimientos sociales actuales, es necesario analizar la cuestión de la conflictividad social y las tensiones sociales, sobre todo si se tiene presente que a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa se registró un amplio proceso de resistencia social a las políticas neoliberales; así como la imposición de tales políticas supuso la conformación de una poderosa coalición social dominante capaz de vencer las resistencias.

Asimismo, a finales de los años noventa y principios del nuevo milenio la conflictividad social parece haber ganado un nuevo impulso, que ha abierto un ciclo de protestas sociales en el continente americano. Estas resistencias a los efectos de las políticas neoliberales –que se inscriben y recogen las experiencias de luchas de los movimientos populares latinoamericanos– se resignifican a la luz de las pro-

fundas transformaciones ocurridas en el capitalismo latinoamericano en las últimas tres décadas. Los sujetos de la protesta, los repertorios de la misma, sus reivindicaciones y procesos de convergencia en curso (tanto en el plano regional como internacional) dan cuenta de los cambios producidos y de los desafíos planteados. Uno de los rasgos principales de la configuración de la protesta contemporánea, que únicamente puede ser enfocado en forma interdisciplinar, es su heterogeneidad en términos de sujetos y/o colectivos que lo integran. Esta característica se encuentra directamente relacionada con el impacto diferenciado de la

mundialización del capital así como de las decisiones de política económica en diferentes países y regiones, y que influye en innumerables aspectos de la vida humana. El neoliberalismo se caracteriza por una exacerbación de los niveles de subordinación y explotación de la mayoría de los pueblos del mundo. La creciente concentración de la riqueza y la indiscriminada explotación de los recursos naturales –intensificada en las últimas décadas– son expresiones de este fenómeno que se ha extendido, amplificando y diversificando los colectivos y clases sociales expuestos a la opresión.

obire

Bibliografía

- Arnold, M. (2001). "Introducción a las epistemologías", en *Sistémico/constructivistas, revue.csoiales.uchile.cl/publicaciones/moebio/02/frincipi*
- Beiger, P. y Th. Luckman (1998). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Argentina.
- Bourdieu, P.
 _____ (1984). *Sociología y cultura*. Grijalbo, México.
 _____ (1993). *Cosas dichas*. El mamífero parlante, Barcelona.
 _____ (1998). *Capital cultural, escuela y espacio social* Siglo XXI, México.
- Coruff, P. (1998). *Las nuevas sociologías*. Alianza Editorial, Madrid.
- Eliás, N.
 _____ (1982). *Sociología fundamental*. Gedisa, Barcelona.
 _____ (1989). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Estrada, M. (1995). *Participación política y actores colectivos*. UIA-Plaza y Valdés, México.
- Gadamer, H. G. (1991). *Verdad y método*. Tomos I y II. Ed. Sigueme, Salamanca.
- Ibañez, T. (1994). *Psicología social constructivista*. Universidad de Guadalajara, México.
- Laraña, E.
 _____ (1993). "Ideología, conflicto social y movimientos sociales contemporáneos", en Moya, C. y otros (eds.), *Escritos de teoría sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
 _____ (1994). "Unidad y continuidad en las nuevas formas de acción colectiva. Un análisis comparado de movimientos estudiantiles", en Laraña, E. y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
 _____ (1996). "Convergence and Continuities in Theories of Social Movements", ponencia presentada en el *Segundo Congreso Europeo sobre Movimientos Sociales*. Victoria, 2-5 de octubre.
 _____ (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Alianza Editorial, Madrid.
- López de la Vieja, T. (2002). "Constructivismo", en www.van.es/info/eurotheo/d-vieja2.htm
- Melucci, A.
 _____ (1984). "The New Social Movements: A Theoretical Approach", *Social Science Information*, 19 (2).
 _____ (1985). "The Symbolic Challenge of Contemporary Social Movements", *Social Research*, Vol. 52, número 4.
- _____ (1989). *Nomads of the Present*. Temple University Press, Filadelfia.
 _____ (1994). "¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales", en Laraña, E. y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
 _____ (1995). "The Process of Collective Identity", en Johnston, H. y B. Klandermans (eds.), *Social Movements and Culture*. University of Minnesota.
 _____ (1996). *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. McGraw Hill, Madrid.
- Schutz, A. (1974). *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina.
- Touraine, A.
 _____ (1993). Crítica de la modernidad. Temas de Hoy, Madrid.
 _____ (1996). *Producción de la sociedad*. IISUNAM-IFAL. México.